

Acción primera

I

La madre se estremece de frío, aunque la madrugada llega tibia, envuelta en olores de acacia. Mira por una y otra de las rendijas de la persiana, rayas de luz con caricias trémulas del árbol del callejeo madrileño. Enfrente, los bultos de tres milicianos de la vigilancia nocturna pateando el asfalto, toses y blasfemias de Dios; oyen pasos y sacan el revólver de entre las mantas cameras que les abrigan. El níquel da su espejeo frío.

—¡Anda, si es el Poca, su agüela, y trai churros! Por poco te damos el paseo.

Ríen, forzando la brutalidad de la risa para que se entere la calle. Se alejan hacia un banco del jardincillo y echan a disputar a gritos; voces agrias, manoteo, pistolas empuñadas. A la puerta del frontón está, como abandonado, un automóvil negro.

—¡Qué nos traerá el día, Dios mío! —suspira la madre.

Tiene los ojos rojos, sus dientes entrechocan. En el rincón entre la cómoda y la pared da su llama humilde la lamparilla. No alumbra a ninguna imagen. La estampa de Nuestra Señora de los Dolores hubo que quemarla, «por si vinieran». Para la madre, la Dolorosa está allí, y la lamparilla es ofrenda al óvalo afligido por aquellos puñales que traspasan el corazón. «El devoto de la Virgen de los Dolores anhela el sufrimiento para

purificarse en esta vida», creía la madre. La Virgen le ha dado en pocos días tanta pena que no tiene fuerza física para soportarla; agotada, enferma, eso acrece su angustia.

—Si falto yo, si tiene que cuidarme, ¿qué va a ser de mi hijo?

El hijo ha salido de la alcoba al oír la descarga, que retumba, trueno en la bóveda del frontón. Fusilan todas las madrugadas en la cancha. Sobre la puerta del edificio, bandera roja, hoz y martillo recortados en blanco; bandera flácida, sin viento, que cuelga, entraña ensangrentada, sobre el rótulo: «Radio comunista número 6».

Otra descarga seca, otra, otra casi simultánea. La madre cae de rodillas, se retuerce los dedos.

—¡Ay, Virgen Santísima! ¡Virgen Santa! ¡Cuántos serán los de hoy! ¡Dales valor, Dios mío; dales valor, Dios mío!

La cólera de los fusiles le responde. Nuevamente, su chasquido seco. Después, detonaciones sueltas, más débiles.

—El tiro de gracia —piensa el hijo. Y cuenta—. Uno, dos, tres..., once... ¡Once solo aquí!

En algún piso de la vecindad lloran con sollozos convulsivos. Una voz enérgica se impone. La madrugada queda en silencio. El hijo se inclina sobre la mujer y la levanta en brazos.

—Madre, no has dormido. ¿Qué adelantas con pasarte la noche acechando la calle?

La mujer coge la cara fresca y aniñada del muchacho y la mira con ojos escaldados, que el horror hace más grandes:

—¡Tú, no, hijo mío! ¡Tú, no...!

Un motor estremece los vidrios y el muchacho va, rápido, a mirar. El camión se detiene ante la checa comunista. El mecánico se amodorra, de bruces, sobre el volante. Brincan al suelo milicianos de zamarra, gorro cuartelero y fusil. El muchacho aparta a viva fuerza a la mujer, abatida.

—¡No lo veas, no te atormentes más!

Ha acudido el grupo de los vigilantes de noche al interés de la maniobra. Un sereno también. De algunos portales brotan, restregándose las manos, hombres de pelambre revuelta que dejan la cama; alguno lleva la librea azul o verdosa: porteros que no quieren perderse el espectáculo. Se reúnen, levantando el puño, fraternizan y entran todos en el frontón. El sereno queda en la calle para «echar el alto» y avisar «si ocurriese novedad».

A poco, el mecánico, saliendo del sueño, pone en marcha el motor. [Sacan los cadáveres.] Un miliciano agarra la cabeza, otro los pies; balancean el cuerpo muerto y lo arrojan del camión con golpetazo de cráneo. Porteros y milicianos comentan a voces. Una manera de exhibir su gustazo de ser los amos de todo es hablar a gritos, señorear también con el vocablo, comprobar que, ante su frase, nadie rechista.

—Ya ves tú, a ese le denuncié yo; tanto orgullo que apenas si saludaba al salir, y ahora se hace la cusca¹.

La carga de asesinados colma el camión.

—Es que hay más que setas.

—Yo no sé de dónde sale tanto carca.

Otro se engríe de poder hablar con los responsables del Radio comunista.

—Las casas están llenas. Así nos tenían de oprimidos.

—Pues a matar a todos; que cada cual denuncie a los suyos.

Un responsable les mira autoritario y repite, con énfasis, dialécticas de periódico:

—Hay que liquidar ahora totalmente la lucha de clases: así el proletariado quedará libre de enemigos para siempre. Si por falso sentimentalismo dejamos burgueses entre nosotros, nos harán la guerra de una manera o de otra. Cuanto antes

¹ «Se hace la cusca»: se fastidia, se pudre.

acabemos con ellos antes triunfará la causa, y en definitiva. Es la consigna revolucionaria que tenéis que obedecer.

El coro asiente, fortalecido por el razonamiento.

—Ni más ni más.

—Así tié que ser.

—A ello.

Entre los fusilados, cuatro mujeres: mandíbula, ojos, pechos destrozados por los balazos, caen en el montón de carne, que mana hilos líquidos, chorreando al suelo. Los muertos están despojados de ropa. Con las camisetas y los calzoncillos, los hombres, y [con] los jirones sucios pegados a la piel mórvida, las mujeres; sus desnudeces son más obscenas. Sale una miliciana, ceñido el mono azul a las formas adolescentes por el correaje y las cartucheras; es menuda, grácil, tipito moreno y fino, de pies breves, bien recortados en zapatos de lujo. Del hombro cuelga el fusil, demasiado largo para ella; examina, acariciándolas, un puñado de medias sedosas.

—No he podido aprovechar más que tres pares. Las de esa estaban rotas.

«Esa» está vertida en el camión, espatarrancada, en la boca un coágulo color de chocolate. Los milicianos la miran con indiferencia.

—Esa es la que hacía tantos remilgos —dice un jayán renegrido y hombrachón.

—Pues bien te atracaste con ella —ríe la jovencita. Entra en el frontón, mientras el jefe se hispa, gallo victorioso:

—¡A ver...!

Sobre la carga de matadero ajustan la lona y, entre fusiles, arranca el camión a descargar en el Depósito del Cementerio. Se deshila el grupo. Los porteros caminan lentamente, achicados por la iracundia de un miliciano que bracea con el fusil.

—Está bien que los denunciéis y que nos los carguemos entre todos: cumplís con vuestro deber; pero no me digáis a

mí que un portero es un proletario. ¿De qué? En la portería, siempre de vagos, con calefacción y sin hacer más que leer el periódico, y alfombras, y a las diez, al teatro o a dormir... Propinas, trajes, cosas a granel; venga chupar de los inquilinos... Proletarios, ¿de qué? Yo sí que era un proletario: ocho horas de manivela de tranvía...

Uno de los porteros protesta con cautela, para no enfurecerle:

—Mira, compañero, nosotros hemos dao los informes, y mucho antes del golpe estábamos vigilando. Demasiao sabes qué labor hemos hecho, que sin nosotros bien difícil les hubiera sido a los Radios y a la Casa del Pueblo... ¿Por quién se enteraban de to los Comités? Por nosotros...

Gritaba el tranviario:

—¡Y por las criadas, y por los chóferes, y por los camareeros, y por los repartidores! ¡Qué tanto presumir de servicios! ¡Vosotros no sois proletarios!^a

Los tres hombres se alejaban, deteniéndose y andando, apareciendo y ocultándose entre las filas, verde infantil, de las acacias.

II

—Duerme, madre, duerme, que te vas a morir.

El hijo procura llevarla a su alcoba, donde no se oyen los ruidos del exterior: agujero negro sin ventanas. Le enjuga los ojos, ensaya una broma inoportuna:

—Madre, si a nosotros no puede ocurrirnos nada. Eso, a los fascistas.

Ella, obsesionada con la idea de todos los días, repite con monomanía de loca:

—Pero ¿cómo es posible? ¿Quién hubiera creído que en

Madrid...? Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo lo permiten? ¡Si no puede ser!

—Anda..., anda..., madre... Descansa.

Ya el sol da destellos de metal y vidrio en los tejados y en las azoteas. La punta de un pararrayos centellea; ¿se le quedó enganchada la última estrella de la noche? De vez en cuando, el trémolo de velocidad de un auto. El muchacho quedó solo en la habitación. Ha cambiado su rostro: ahora no es afectuoso y sonriente; es varonil, endurecido.

—«Cara al sol, con la camisa nueva»...²

Se lo canta a la calle de asesinos y asesinados, a la calle de rondas en cacería de exterminio. Se lo canta con ira rabiosa a la calle, cuyos remolinos de colisión y choque conoce tan bien:

—«... me hallará la muerte, si me lleva»...

Alrededor todo es pobrecito, pobreza honesta y limpia de hogar que tiene sentido de salvación alegre cuando la preside,

² La remisión, durante el relato, a distintas estrofas del himno de la Falange Española de las JONS, el «Cara al Sol», fue un lugar común en este subgénero de novelas de (pos)guerra que, desde las anteojeras del movimiento, denunciaron las tropelías del Madrid asediado por la «horda roja». Ya en su gestación, no en vano, se le confirió a este cántico de «guerra y amor» —en palabras de José Antonio Primo de Rivera— un carácter de síntesis poética, que agrupaba a todos los ingenios que participaron en su composición. «Allí estaba el marqués de Bolarque, don Pedro [Mourlane Michelena], Rafael Sánchez Mazas, Agustín Foxá, José María Haro y Dionisio Ridruejo», cuenta el propio Agustín de Foxá en el remate de la segunda parte, elocuentemente titulada «Himno de Riego», de su novela casi fundacional *Madrid, de corte a checa* [Madrid, Biblioteca *El Mundo*, 2001, p. 215]. En ella se escenifica, con tintes heroicos, el encuentro de estos escritores, supuestamente convocados por José Antonio en los bajos del desaparecido local Or Konpon de Madrid («una especie de cueva vasca, con acuarelas de Guipúzcoa en los zócalos»), para apuntalar los versos del himno que Federico irá rumiando en los párrafos sucesivos y que constituyó una de las piezas señeras de la maquinaria expresiva de Falange.

signo laborioso, la máquina de coser. Con las pocas rentas de una tierra de labranza en Segovia no se puede vivir más que en un piso séptimo. Está estudiando el hijo, y la madre repetía a las amigas, con resignación esperanzada: «Yo lo hago todo; para sirvienta no tenemos...».

—¿Qué dices, hijo?

El hijo decía, a media voz: «me hallará la muerte, si me lleva»... Responde:

—Nada, madre.

Sobre la camilla hay un poco de pan duro y una naranja.

—Yo iré a las colas, madre.

—¡No, tú no! —y entra con espanto, con susto tembloroso.

—¿Por qué no?

—Porque me parece a mí que en el Instituto... Tú has venido algunas veces con golpes y rasguñones... Dímelo, hijo mío... ¿Eras de los de Falange?... Yo te esconderé debajo de la tierra.

—¿Yo, madre? ¿Tengo edad para eso?

—Dentro de tres días cumples quince años y medio.

—Ya ves.

Como si hubiese oído un razonamiento, la madre quedó convencida. No, no es posible que a su hijo le puedan odiar ni considerarle enemigo a muerte. Con simplicidad profunda piensa:

—Un niño es... un niño.

Suspira, aliviada. Se ha tranquilizado. Un cajón de la cómoda descubre su secreto.

—Tenemos trescientas pesetas... Y lo poco que se vende ya está por las nubes. El kilo de patatas, a peseta... ¿Tú crees que durará esto mucho?

—Anteayer había tomado Yagüe Badajoz. Franco viene personalmente con más tropas de Marruecos.

—No vayas a oír la radio. Prefiero no saber nada.

La madre anda lentamente por el pasillo, arrastrando los pies. El hijo piensa: «¡Cómo se ha encorvado!». En la mano la botella, calcula por los dedos:

—Aceite, el cuarto de litro a una diez... Las patatas...

Antes de cerrar la puerta recomienda al hijo, besándole:

—No salgas. No te muevas ni hagas ruido.

El chico corre a levantar un lado de la cómoda. Saca un periódico muy doblado y lo despliega como bandera. Junto al cruce de flechas sometidas al yugo, «¡ARRIBA!», grita el título enorme. Rasga el muchacho en tiras las páginas y cada tira en trocitos minúsculos. Piensa en las luchas de la Gran Vía y San Bernardo, cuando salía con el periódico, en primera línea, a vocear entre miradas de muchachas que decían: «¡Valientes!», entre emboscadas y agresiones de socialistas, entre pánicos de gente neutral que no se atrevía a comprar el texto y se alejaba mirándole con ansia. «¡Arriba!», «¡Arriba!», había escandalizado tantas veces, lleno de orgullo, elevado el espíritu, sintiéndose digno de José Antonio, el arcángel adolescente que dejaba de ser el ensoñador de España para entrar a puñetazos en las cuadrillas de matones que cercaban a sus estudiantes...

Tiros muy cerca; el breve «¡poc!» de las pistolas, que sonaban a tapón saltado de la botella; estampidos de máuser, y el estrellarse de la bala contra las piedras: «¡Pac!... ¡Oc!». La casa parecía sitiada. Vozarrones y gritos de ánimo, llamadas, chillidos de mujer mezclados a [las] detonaciones.

En la hornilla se quemaba el montón de papeles que fue el número de *¡Arriba!* Cuando las pavesas se deshacían en polvo negro, el muchacho las mezcló con la ceniza y corrió a la ventana.

Desde la calle tiraban a las azoteas de enfrente. Milicianos, rostro arbolado de cólera, corrían de un lado para otro y se refugiaban tras los airosos troncos de las acacias para disparar.

En los portales, grupos de criadas, vecinos, porteros y transeúntes refugiados asomaban temerosos la cabeza y se retiraban rápidamente a los disparos. Algunos balcones se abrían con estrépito y mujeres a medio vestir preguntaban a voces, oculto el hombre de la casa detrás de su cuerpo. Llegaron automóviles con milicianos que se echaban al suelo en marcha y ametrallaban las fachadas, contagiados de nerviosidad. Salió el portero de la casa de la esquina, y con las manos junto a la boca, como tornavoz, se desgañitaba:

—¡Compañeros! ¡Aquí, por la escalera interior!

Los más decididos, abriendo y cerrando los cerrojos de fusil, entraban en pelotón. El portero seguía dirigiendo la maniobra:

—¡Subid a las azoteas de la otra acera, para que no escape por los tejados!

Los que iban a tomar sitio en las colas con cestas y capachos se detenían, interrogándose. Por las bocacalles afluían obreros y chiquillos corriendo. Paró el tranvía, y los viajeros, asomados a las ventanillas, contemplaban el tumulto. El cobrador y el conductor bajaron, con alardes de revólver, y a cada miliciano le decían con emoción y ternura:

—¿Quién os ha tirao a vosotros? ¿Dónde está?

Un momento de algarabía y el tiroteo se reanudó con más brío. En la azotea de la esquina, una silueta humana resbalaba detrás de chimeneas y lucernas, procurando pasar inadvertida:

—¡Allí, allí! —gritaron jubilosos desde algunos balcones.

A codazos se abrían paso los milicianos para subir a los pisos altos y cazar al fugitivo. Aplastándose para no sobresalir de la baranda de cemento, el huido acercábase al edificio contiguo, separado por un patizuelo de dos metros, donde la ventana de la buhardilla se había entreabierto sigilosamente, sin que se asomara nadie. Los balazos herían la baranda, siguiendo el movimiento del perseguido, que se traslucía entre

el calado de los adornos. Desconchones y pedazos hacia la calle rebotaban en granizada. Al llegar al borde de la medianería se puso en pie el acorralado. Era un muchachito imberbe, de camisa rota, pantalón medio deshecho y alpargatas. Su rostro, una mancha blanca, de tan pálido. Los ojos, enormes por la angustia, buscaban alrededor algo inesperado que fuera en su socorro. El griterío de abajo se hizo más agudo:

—¡En la esquina! ¡Va a saltar!

—¡Que se escapa!

—¡Darle!

En la azotea de enfrente estaban ya los milicianos.

—¡Dejarme a mí! —se impuso una voz.

Sonó el tiro cuando el muchachito daba el salto hacia la ventana entreabierta. Un gemido, encogiéndose y agarrándose el costado, y cayó al vacío velozmente, clavándose en las lanzas de la reja del patizuelo. La gente aplaudía.

—¡Vaya un tío tirando!

La ventana de la buhardilla se cerraba poco a poco. El miliciano exhibíase satisfecho, en la mano el calor del cañón del fusil. El muchachito, como pelele, desgarrada la carne en lo alto de la verja, gemía con queja insistente, apagada. Algunos trepaban en competencia a remartarle con navajas y martillos.

III

En la portería, tertulia de comentarios. Habían bajado las criadas de la vecindad, cada una con su argumento, y se agregaron dependientes de la tienda y desconocidas que demoraban marcharse. El pelele colgaba, tumefacto de heridas y golpes.

—¿Quién diría que esos críos son tan criminales?

—De seguro ha matao ese chico más obreros que la Inquisición.